



FIESTA DE LA PRECIOSA SANGRE

Madre María Eugenia, 7 de julio de 1878

Mis queridas hijas, no quiero dejar pasar la fiesta de la Preciosa Sangre sin hablarles de esta gran devoción que contiene a la vez la Eucaristía y la Pasión. Por eso es tan recomendada por los santos, que se ponían sin cesar bajo el influjo de esta preciosa sangre.

Me gustaría dirigirme especialmente a las que están comenzando la vida religiosa, diciéndoles que la vida religiosa es una vida de paz y de felicidad. Pero es importante saber en qué condiciones. Es el amor y la generosidad lo que trae paz y felicidad a nuestro estado. No es evitar tal cosa que nos cuesta, sino abrazarla por el amor de nuestro Señor Jesucristo. La raíz, el poder, la fuerza de este amor es el derramamiento de la sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Es cierto, y no debemos ocultárnoslo a nosotras mismas, que al convertirnos en religiosas, aceptamos una vida de privaciones. Es cierto que se renuncia a las satisfacciones naturales que se pueden encontrar y saborear sin pecado en otro estado, cuando están en el orden de los mandamientos de Dios; satisfacciones permitidas, es cierto, pero que se ven perturbadas por las tribulaciones de la carne y que, como dice Bossuet, tienden al dolor, a la separación y a la muerte.

¿Cuál es entonces esta elección misteriosa que nos hace decirle a Dios: "Dios mío, lo dejo todo para ser solo tuya?!" El padre Faber dijo que fue el recuerdo de la sangre que nuestro Señor Jesucristo derramó, al entrar en este mundo, bajo el cuchillo de la circuncisión. También la que vertió en el cáliz en la Cena del Señor. Esta es una inmolación mística, es el sacrificio incruento, siempre renovado en nuestros altares. Pero es un sacrificio real donde la sangre de Jesucristo es derramada para remisión de nuestros pecados.

Después está el derramamiento de sangre en el Huerto de los Olivos. Jesucristo la derramó por amor en los sufrimientos más extremos, en la

aceptación de las mayores penas, en el dolor más intenso. Por último, todo el derramamiento de sangre durante la Pasión, por la flagelación, la coronación de espinas, la crucifixión y por la lanza que abrió el corazón de nuestro Señor después de su muerte en la cruz.

El alma, cuando está cogida por el deseo de entregarse a Dios, tiene ante sí los sacrificios y el amor con los que Jesucristo se le anticipó: el amor con que la amó, los sacrificios que hizo por ella. Si, en el momento en que se escucha la llamada a la vocación, se le ofreciera una vida placentera según el mundo, organizada para rodearla de todo el bienestar que pueden brindarle las satisfacciones naturales, esta alma se horrorizaría, al compararla con la vida de nuestro Señor Jesucristo.

Considero aquí la vida de nuestro Señor en el aspecto de la sangre derramada, pero también debe verse en el aspecto de la pobreza, de la humillación, de la reparación, del sacrificio. De hecho, fue solo cruz y sacrificio desde el principio hasta el final.

Esto es lo que más o menos atrae al alma que Dios llama. Esto es lo que el alma religiosa desea devolver a nuestro Señor con un amor mayor que el de otras criaturas. Quiere darle lo único que él mismo no puede darse a sí mismo. Todo lo que es del desarrollo de la inteligencia, del establecimiento externo de las cosas, Dios puede dárselo a sí mismo, quien con su omnipotencia puede, hacer de las piedras, hijos de Abraham¹. Pero hay una cosa que no puede darse a sí mismo, y es el amor verdadero, profundo de un corazón que tiene su elección, su libertad, para darse a sí mismo.

Nuestro Señor quiere el corazón del hombre, lleva la condescendencia hasta el punto de solicitarlo: *Hijo mío, préstame atención*², dice en la Sagrada Escritura: y esto es lo que pide al alma que llama a la vocación religiosa. Le pide un amor pleno, libre, generoso, entregado, un amor que, a cambio del suyo, no rehúsa ningún sacrificio.

Sin duda, el alma religiosa debe tener estos pensamientos ante sus ojos durante toda su vida. Pero si hay una hora en la que debemos recordarlos, es en medio de las tentaciones que a veces asaltan el alma al comienzo de la vida religiosa. Debemos alejarlos diciendo: "He elegido amar a Jesucristo y ofrecerle un amor que siempre esté dispuesto a abrazar lo que más le agrada". "

Por eso las verdaderas religiosas se comprometen a la práctica de los consejos, a llevar una vida de oración, a pasar largas horas al pie del sagrario, porque al Señor le gusta encontrar a sus pies un alma que le ofrezca un amor puro y fiel, que no puede encontrar en el mundo. En el mundo encuentra

¹ Mt 3,9 y Lc 3,8

² Pr 23, 26

servidores, pero rara vez almas inflamadas con este amor; en cambio, en las comunidades religiosas, este es el estado al que todas debemos tender.

No solo debemos ser servidores humildes y fieles, sino también esposas llenas de amor generoso, tierno, constante, entregado, elevándonos siempre por encima de las repugnancias y sacrificios y abrazando todas las reglas por amor.

En esto hay mucho que meditar frente al derramamiento de la sangre de nuestro Señor Jesucristo, renovada a diario en el altar y casi a diario en el fondo de nuestro corazón.

¿Por qué nuestro Señor es tan generoso con su sangre? Su motivo es que lo amemos, que nos parezcamos a él, que tengamos un amor de Dios, unido a un amor al prójimo, que se asemeje a la caridad ardiente de la que estaba llena su santa humanidad. Ciertamente, si pudiéramos introducir eso en nuestros corazones, habría algo heroico en nuestras actitudes. Ni el cielo, ni el infierno, ni la muerte, ni el sacrificio, ni la humillación sorprenderían a un corazón enteramente entregado a Dios bajo el derramamiento de esta preciosa sangre.

Estos pensamientos me parecen adecuados a la fiesta que celebramos hoy y deberían darnos una gran devoción a la Preciosa Sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Al recitar el Oficio, pedidle a nuestro Señor que os purifique. La característica de la sangre de Jesucristo es blanquear las almas. También las inflama para que Dios las ame más. Al comunicarles la blancura, también les comunica generosidad y desprendimiento de las cosas de la tierra. ¿Cuándo es pura un alma? Cuando no le queda nada de las impurezas del mundo y de las manchas de la tierra. La pureza que da esta sangre solo se conserva con generosidad y desprendimiento.

Así, aquellas que comienzan tienen que establecerse en estas virtudes. No basta con haber conquistado en un primer momento el cielo, la tierra, nosotras mismas, nuestras familias. Debemos mantenernos en esta fidelidad, para saber siempre conquistar, siempre amar, siempre cuidarnos de las pequeñas ataduras, de las pequeñas manchas, de las pequeñas decadencias que pueden llegar poco a poco al alma, porque todavía tenemos los pies en la tierra y conservamos ciertos hábitos veniales y ciertas imperfecciones.

Que las novicias comprendan bien, pues, este atractivo, tan elevado y tan puro, de la vocación. Que las profesas lo resuciten en ellas, recordando que a medida que avanzan deben adquirir un mayor amor a Dios y un mayor desprendimiento de todo lo que no está en el orden de este amor. Entonces, todas seremos más capaces de recibir la comunicación de esta preciosa sangre. Cuando asistamos a Misa, tendremos las manos más puras para recibir la sangre de nuestro Señor, para derramarla más abundantemente sobre los pecadores,

sobre los pueblos infieles y cismáticos, sobre la Iglesia, sobre las almas del purgatorio, sobre nuestras familias y nuestra familia religiosa. Dispensaremos esta sangre de tal manera que produzca frutos de santidad y de salvación.

¿No es extraño que la sangre de nuestro Señor se vierta sobre tantos altares, tantas veces al día, y sin embargo los corazones permanezcan fríos? ¡Ah! es que no somos lo suficientemente ardientes, es que Dios habiendo dejado algo para nuestra cooperación, no rezamos lo suficiente, no utilizamos suficientemente los tesoros que tenemos en nuestras manos. Por tanto, tratemos de aprovecharlos al máximo, para tener una mayor acción en la salvación de las almas, mediante el poder de la sangre de Jesucristo.